

Faro, 22 de noviembre de 2005

Conferencia inaugural

Cultura y Globalización:
Desafíos de Iberoamérica en el siglo XXI

Por

Francisco Piñón

Secretario General

Organización de Estados Iberoamericanos
para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Introducción

La distinción entre cultura y sociedad que presenta Pierre Bourdieu¹, es un buen punto de partida para plantear un eje de interpretación que nos permita arribar a algunas conclusiones sobre la relación que se ha gestado, en medio de una acelerada transformación tecnológica, entre cultura y globalización.

Nuestras sociedades se encuentran atravesadas por relaciones de fuerza y de sentido, por relaciones que constituyen la base material de la vida social (el valor de uso y el valor de cambio de las cosas), pero dentro de las cuales se despliega además toda una serie de relaciones de sentido. Éstas son las que señalan la existencia de procesos de significación (es decir, de múltiples procesos de dotación de sentido) que hacen más compleja la organización de la vida social.

La cultura encuentra así su característica distintiva al definirse como el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de significaciones dentro de la vida social.

¹ P. Bourdieu, "Cosas Dichas", Gedisa, Madrid 2000.

La cultura se nos presenta entonces como la resultante de complejos procesos sociales donde el sentido no sólo se produce, sino que se encuentra vinculado además a los modos de circulación (lo que incide en las condiciones de producción) y sobre todo, a las diversas formas de recepción y apropiación con que cuentan las sociedades para consumir los bienes y mensajes.

En los tiempos que corren, donde las interrelaciones son crecientes –aunque siempre parciales, por cierto-, los usos y las apropiaciones sociales que pueden realizarse de un mismo objeto son altamente variadas. Variación que puede rastrearse tanto a lo largo de una línea temporal, como a través de estudios comparados entre diferentes sociedades.

Aún cuando existe una homogeneización en la producción y en el diseño de mercados de consumo, una distribución desigual y una serie de intercambios asimétricos entre Estados y regiones; en la apropiación y reapropiación de los objetos que se efectúa cuando estos transitan de una sociedad a otra, se produce un desplazamiento tanto de la función como del significado. En este tránsito, el objeto se transforma.

La cultura se presenta asociada entonces a la noción de “fuerza productiva”. Esta noción no debe quedar restringida únicamente a la productividad económica de la cultura, que la tiene –por supuesto- y representa un sector muy importante por su impacto sobre el PBI y el empleo.

Para graficar el dinamismo del sector cultural, diré que en el año 2000, por ejemplo, fue uno de los sectores más dinámicos de la economía, con una facturación cercana a los 800.000 millones de dólares. Este es un mercado en el cual, entre el 80 y el 90 por ciento de dicha facturación corresponde a Europa y Estados Unidos².

Con la noción de “fuerza productiva” quiero referirme además a la potencia de la cultura para movilizar la imaginación social de los pueblos, para generar capacidades de asociación, de defensa y de creación que permitan enfrentar los desafíos que se nos presentan.

² Octavio Getino (2004): *Economía de las industrias culturales de América Latina y el Caribe*, p. 1, informe presentado en el Seminario Internacional sobre Industrias Culturales y Desarrollo Sustentable, OEI-CONACULTA, III Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de América Latina, El Caribe y la Unión Europea, México 1 y 2 de abril

Antes de pasar a la siguiente cuestión, quisiera apuntar dos observaciones:

La primera tiene que ver con la homogeneización mercantil y los procesos de significación. Sobre esto se ha dicho y escrito mucho. La dualidad presente en el concepto “industrias culturales” habilita esta breve nota al respecto.

La referencia al concepto “industrias” señala el carácter de unas instituciones que están especializadas en generar y estandarizar productos destinados a diferentes públicos.

Ahora bien, tienen como contraparte la necesidad de contar con altas dosis de innovación, de renovación y creatividad permanente si quieren sostenerse en el mercado. Si estandarización y creación aparecen vinculadas es porque se produce un doble juego entre industrialización y especialización cultural por un lado y, expresión de la multiplicidad local por el otro.

La homogeneización y el intercambio desigual de bienes y servicios es una realidad. Basta con referirse a la producción y distribución de películas iberoamericanas, europeas, asiáticas. Algo similar ocurre con las oferta musicales, la televisión, los vídeos, las páginas de Internet. El uso extendido del inglés, en desmedro de otros idiomas incluso mayoritarios, es también una evidencia irrefutable.

A pesar de ello, me ha parecido importante remarcar que la trama –si es que podemos hacer de ella una imagen posible del mercado- nunca está totalmente cerrada. Millones de personas construyen a diario estrategias para adaptarse, asimilar, luchar, transformar, procesar y descartar contenidos y conocimientos, mensajes e ideas.

La segunda nota tiene que ver en parte con esta primera observación. Hay una serie de líneas interpretativas que continúan las investigaciones de M. Foucault en torno a la noción de dispositivo. Concepto que es definido como todo aquello que tiene la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar conductas, opiniones y discursos.

Desde este punto de vista, los dispositivos construyen subjetividades. En algunas de estas líneas los autores³ señalan que, por efecto de la aceleración tecnológica, el

³ Cf. G. Agamben, “Medios sin fin”, Pre-Textos, Barcelona 2000.

capitalismo actual está produciendo una proliferación de dispositivos. Esta proliferación tiene una fuerte incidencia sobre los procesos de subjetivación, volviéndolos fluctuantes y múltiples, derivando en consecuencias sobre la conformación de identidades (a las que me referiré más adelante).

Ahora bien, la cultura, entendida como los procesos sociales de significación, pone en juego un primer campo de tensiones al que quiero hacer referencia: la relación entre identidades y globalización.

Identidades y globalización

Como decía hace un momento, estamos inmersos en medio de una acelerada transformación tecnológica. Uno de los efectos de esta transformación radica en que la tecnología se ha transmitido a todos los ámbitos de la vida cotidiana.

La aceleración no remite a un mero crecimiento en términos cuantitativos de la tecnología –como si el fenómeno que tenemos por delante se limitara a una creciente producción de aparatos cada vez más sofisticados-, sino que tiene un impacto profundo sobre la cultura.

La relación en la que se encuentran puestas cultura y tecnología no es una relación meramente instrumental. El sentido de la transformación apunta a dejar de lado las concepciones que postulan a la tecnología como algo ajeno, como algo “exterior” a la cultura, la que officaría entonces como una suerte de fuerza “humanizadora” del despliegue técnico.

La transformación que estamos viviendo debe ser comprendida como la incorporación de la tecnología bajo la forma de nuevos lenguajes y escrituras, como la asimilación de novedosos dispositivos de producción, reproducción y circulación de bienes y servicios y, también, de las consiguientes alteraciones en la distribución y en el acceso a los mismos.

La transmisión de la tecnología a los diferentes ámbitos de la vida cotidiana refuerza así la noción de cultura como conjunto de procesos sociales de significación.

Para poner un ejemplo, los espacios virtuales construidos a través de las redes de comunicación han hecho posible que millones de individuos se inserten en un complejo flujo de imágenes, información y conocimientos.

En ese nivel, la reelaboración de información y conocimientos ya no ocurre exclusivamente dentro de una nación sino que se dispersa por los circuitos globales, traspasando las fronteras, volatilizando las barreras nacionales y étnicas, diversificando los repertorios culturales y permitiendo la afiliación a ellos por parte de individuos de los más variados puntos del planeta.

La vestimenta y los consumos, para citar un ejemplo, son algunas de las afiliaciones culturales con las que se pueden reconocer los adolescentes de Lisboa o de Madrid con sus pares de Bogotá, Buenos Aires o el DF en México.

Como resultado de la aplicación de tecnología en las industrias culturales, diferentes sistemas simbólicos han quedado puestos en interacción de una manera más cercana, rápida y permanente. En la aplicación tecnológica, la cultura encuentra nuevas herramientas para potenciar el proceso de industrialización, especialización y estandarización con el que ha ido moldeando y modificando los modos “tradicionales” de producción, circulación y consumo de los bienes culturales.

Al desvincularse la producción cultural del ámbito exclusivo de las comunidades de pertenencia –lo que evidencia una correlación con la reconfiguración que se está produciendo en la instancia nacional-, la conformación de sentido se ha vuelto más compleja.

Si bien la identificación, la producción y reproducción cultural están ancladas a lo local, al barrio y a la ciudad, a la nación, a la situación social, a la ubicación periférica o central de los Estados, y desde estos espacios de pertenencia nos apropiamos –leemos y transformamos- los repertorios culturales que se encuentran disponibles en el mundo y a nuestro alcance, es evidente que nos encontramos ahora con una mayor exposición a la interculturalidad.

Las identidades se encuentran así frente a un complejo proceso que ha puesto en marcha nuevas formas de intercambio y conexión sustancialmente diferente a las ya conocidas.

Ello ha potenciado la interacción y el intercambio, pero también ha avivado los viejos fantasmas del repliegue identitario (como los comunitarismos o los fanatismos), ha significado nuevos elementos de discriminación (aunque algunos no sean más que una reelaboración de elementos del pasado) y, ha reproducido las diferencias, segmentando el acceso a los servicios, a la participación y al consumo de bienes culturales.

De la mano de la aceleración tecnológica y del desarrollo de los medios informáticos y de comunicación, los procesos de globalización han hecho que la cultura, como concepto, deba trascender el alcance nacional para poder dar cuenta de las relaciones interculturales que están teniendo lugar.

Las identidades, por otra parte, aparecen entonces como el producto de un largo proceso de sedimentación de memorias, tejido a través de un recorrido histórico en el que se entrecruzan temporalidades segmentadas y coexistentes.

Si bien es cierto que la cultura es también una forma de diferenciación. Que como tal es una forma de imaginar las cosas compartidas –identidad- y de definir –al mismo tiempo- fronteras de diferenciación con respecto a los otros, esto no convalida el hecho de reducir las relaciones interculturales a “choques” entre culturas.

Llevar adelante una política de la pura diferencia es una contradicción y se niega a sí misma. Toda referencia a una identidad supone que estamos incluyendo al otro como aquello de lo que nos delimitamos. Una parte muy importante de la identidad es la construcción de un sistema de relaciones con los otros grupos, con las otras identidades. Esas relaciones son las que se presentan, normalmente, reguladas por un conjunto de normas que están más allá del particularismo de los grupos.

Para conseguir su afirmación, una identidad necesita abrirse a una multiplicidad de iniciativas políticas que le permitan trascender sus límites. Es cierto que el actual proceso de transformación ha intensificado los roces identitarios, las pujas y ciertas reivindicaciones pero, en buena medida, esto ha sido la consecuencia de una intensificación también de la participación de los diferentes grupos en contextos internacionales comunes, en muchos casos con construcciones normativas aún incompletas.

Ahora bien, como ocurriera en otras circunstancias y en diferentes momentos de la historia, las diferencias pueden (deben) ser movilizadas para empezar a crear interacciones.

Esta última apreciación nos lleva a un segundo campo de tensiones que deseo plantear en esta conferencia inaugural: la relación entre sociedad del conocimiento y diversidad.

Sociedad del conocimiento y diversidad

La diversidad es un punto central para hacer de la sociedad del conocimiento algo más que una construcción incipiente e insuficiente. Se impone encontrar una solución para el campo de tensión al que aludimos anteriormente y que podemos indicar como la búsqueda de una articulación entre la diferencia y la conexión.

Así como el orden y la integración social en el primer capitalismo tienen facetas propias, con el acento puesto en la jerarquía y la centralidad, el mundo que se está conformando busca otros patrones de organización, donde se privilegien formatos horizontales y en red.

La base común de valores que se conformaba con un mínimo de verdades, la que circulaba por las instituciones centrales de la reproducción cultural -como la familia y la escuela-, ha perdido su poder. Homogeneizar y reducir diversidades de cualquier tipo con el fin de formar ciudadanos en nombre de un Estado-nación, es hoy una tarea del pasado.

De lo que más bien se trata es de convivir con esas y con otras diversidades. Diferentes valores, gustos, preferencias y modos de vida, diversidad de usos y costumbres. Lo diverso impone así no sólo su reconocimiento, sino su valoración como diferente y su interacción igualitaria.

Personas diversas se encuentra obligadas a convivir, a coproducir bienes y servicios, a compartir espacios culturales, políticos, económicos y territoriales. Esta diversidad escapa a los modos tradicionales de organización y requiere, no sólo “informarse” sobre el otro, sino además “conocer” al otro. Para ello, desde el punto de vista de la organización es necesario elaborar consensos, privilegiar la democracia como construcción de valores y sentidos a través acuerdos sociales y políticos.

Esta breve formulación tropieza, sin embargo con aquello que enuncié un poco más arriba: las diferencias pueden (deben) ser movilizadas para empezar a crear interacciones. La diversidad cultural no es un mero dato de la realidad, será más bien el resultado de un largo proceso de construcción de interacciones y de equidad a nivel social y global.

La movilización necesaria para empezar a crear interacciones no sólo debe darse en el terreno de los Estados. El desborde que padecen los Estados ante fuerzas que actúan a nivel global (flujos comerciales y financieros, redes terroristas y de delincuencia, movimientos migratorios, circuitos transnacionales de bienes y servicios culturales, etc.), ha hecho que sea necesario elaborar políticas internacionales que tomen en cuenta la diversidad y la protejan a través de legislaciones aplicadas a la propiedad intelectual, a la difusión y el intercambio de bienes y servicios culturales, al control de las tendencias oligopólicas, etc.

La Carta Cultural Iberoamericana y la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de Expresiones Culturales de UNESCO, representan instrumentos para avanzar en este sentido.

En el caso concreto de la Carta Cultural Iberoamericana, ésta busca ser un instrumento de cooperación cultural de ámbito regional. En ella se persigue la proyección de la región –con su diversidad cultural- hacia el exterior y bajo la forma de un gran sujeto cultural, el que queda representado por el espacio cultural iberoamericano.

La Carta fue presentada en la XV Cumbre Iberoamericana que se ha celebrado recientemente en Salamanca. Allí, los Jefes de Estado y de Gobierno acordaron avanzar en su elaboración.

La Carta busca ser, además, un complemento de la Convención promovida por la UNESCO y una herramienta para sostener el reconocimiento, la protección y el pleno ejercicio de los derechos culturales; reparando en la especificidad de las actividades, bienes y servicios culturales y en el derecho y responsabilidad de los Estados para diseñar y aplicar políticas culturales que protejan y promuevan la diversidad y el patrimonio cultural.

Sin embargo, el entrecruzamiento de tensiones que se viven en el ámbito cultural se ve reforzado por las tensiones sociales emergentes de los nuevos contextos globales. En esta relación se pone juego el tercer campo de tensiones al que quiero dedicar algunas apreciaciones esta mañana: la relación entre diferencia y desigualdad.

Diferencia y desigualdad

El riesgo de que las diferencias continúen transformándose en desigualdades es el nodo por el que pasan las relaciones entre diversidad y sociedad del conocimiento. Si la diversidad es un punto central para hacer de la sociedad del conocimiento algo más que una construcción incipiente e insuficiente, la equidad es la condición de posibilidad de ambas.

Según datos del Informe 2005 de Desarrollo Humano del PNUD, el “ingreso promedio del 20% superior de la población del mundo supera en alrededor de 50 veces el ingreso promedio del 20% ubicado en el tramo inferior”⁴.

La distribución del ingreso mundial, dice el informe, se parece a una copa de champaña. En la parte de arriba, el 20% más rico de la población obtiene tres cuartas partes del ingreso mundial. En la parte inferior, lo que representaría el pie de la copa, se ubica el 40% más pobre con tan sólo 5% del ingreso mundial.

Estos índices de desigualdad se replican también al interior de las regiones y de los países. A finales de los años noventa, el 20% de la población con mayor riqueza de América Latina recibía 60% del ingreso disponible, mientras que el 20% más pobre recibía solamente un 3%⁵.

Son procesos complejos en los que coexisten viejas y nuevas desigualdades, las que tienen su traducción en el acceso dispar a activos que van desde la tierra a los salarios, a los servicios como la salud, el uso de las tecnologías, la educación, los bienes culturales y la ciudadanía.

La velocidad de difusión de la tecnología es selectiva -conectando primero a aquellos que se encuentran integrados a la economía mundial- y es cultural y espacialmente discontinua, agudizando los contrastes entre regiones, países y grupos sociales.

⁴ Cf. <http://hdr.undp.org/reports/global/2005/espanol/>

⁵ BID, “Objetivos de desarrollo del Milenio”, 2003

El “abismo” tecnológico es un generador más de desigualdades en productividad, en ingresos y en opciones de movilidad laboral, en acceso a los mercados, a la información, a las redes de conocimiento, a la política y por ende también al ejercicio pleno de la ciudadanía.

Sin embargo, no lo es todo. Me parece necesario recordar que no se puede deducir exclusivamente el desarrollo social y cultural de la integración a la revolución digital e informacional. No se trata ni de reducir el desarrollo a la conexión, ni de plantear utopías en las que el acceso directo a la información democratizaría la educación y mejoraría el bienestar de la mayoría, abriría las puertas a los “trabajos inteligentes”, a la expansión de los mercados y a una integración transnacional que –en sí mismos- significarían réditos económicos para todos.

El acceso y el manejo de las herramientas informáticas es sólo una parte del conjunto de inserciones socioeconómicas necesarias, a las que deben agregársele –entre otras- aquellas que forman parte de los desafíos educativos actuales: formar una cultura de la interpretación y de la creación de sentidos y significados.

Ya se trate de conocimientos socialmente significativos, de recursos para el desarrollo o para la construcción de democracias y de culturas políticas sólidas, la información y el conocimiento debe obtenerse tanto de las redes tecnológicas globalizadas como de la transmisión, asimilación y reelaboración de los patrimonios históricos que son propios de cada sociedad.

La pregunta que se mantiene en pie es: ¿cómo será posible construir una sociedad del conocimiento (a nivel global) si la pobreza y la desigualdad, ya no sólo el “abismo tecnológico”, mantienen excluidos a millones de habitantes?

Esta preocupación ha estado presente en la reciente Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información (Túnez) y continúa siendo un foco central en las discusiones de los distintos foros internacionales.

La exclusión es la otra cara de la ciudadanía. En ella quedan involucrados los derechos económicos y sociales pero también los culturales. Reponer las diferencias es apenas una parte del proceso. Hace falta reponer además los recursos que cada uno necesita para poder participar de la sociedad.

Vuelvo entonces al inicio de esta sección: para hacer posible una verdadera sociedad del conocimiento a nivel global, de lo que se trata es de evitar que las diferencias continúen transformándose en desigualdades.

Quisiera plantear entonces el último campo de tensiones para cerrar esta intervención en el marco del encuentro de ALCULTUR: la relación entre desigualdad y sociedad del conocimiento.

Desigualdad y sociedad del conocimiento

Hay cierto consenso por parte de los especialistas, y los datos también parecen confirmarlo, de que nos hallamos inmersos en un “cambio de época”.

Este “cambio de época” aparece inscripto dentro de una situación en la que predominan los riesgos y la incertidumbre sobre cuál será la dirección y la dinámica que finalmente asumirán las transformaciones que se están llevando a cabo.

Riesgos, incertidumbre, cambios profundos, aceleración tecnológica, terror, complejidad, nuevas realidades sociales, son conceptos habituales en la literatura especializada.

Sin embargo, podemos hablar también de una “bifurcación sistémica”. Es decir, de una situación en donde las perturbaciones aumentan y se dispersan en todas las direcciones, incrementando la inestabilidad del sistema pero potenciando, al mismo tiempo, las consecuencias de las decisiones que toman los actores sociales.

El escenario adquiere entonces otro sentido. Los riesgos y la incertidumbre coexisten con las oportunidades y los espacios de acción. Las actuaciones colectivas, los valores, la imaginación, la inteligencia y la voluntad, tienen una fuerte incidencia sobre el nuevo orden que se está construyendo, sobre el estilo y las características que adquiera finalmente la sociedad del conocimiento.

En este tránsito hacia una sociedad del conocimiento, se pone juego si se seguirán manteniendo las actuales condiciones de producción, distribución y apropiación del conocimiento en un mundo en el que ha crecido la brecha entre ricos y pobres.

Reescribiendo la pregunta que formulé hace unos minutos: el aumento de la desigualdad y la exclusión, profundizada por el “abismo” tecnológico, ¿no significará un nuevo retroceso para la humanidad?

En este punto, la relación entre desigualdad y sociedad del conocimiento nos hace aparecer a esta última como una interrogación. Una interrogación que tiene que inscribirse en el horizonte de un futuro abierto y dinámico, en el que sea posible construir un lugar en el que quepamos todos.

Un futuro que es también un presente sobre el cual empezar a recortar un horizonte de integración e inclusión.

El autoconocimiento de la sociedad y el reconocimiento de su lugar entre los otros se forma tanto en las redes informáticas como en las escuelas y a través de sus producciones narrativas, musicales y audiovisuales industrializadas. Para decirlo en las palabras de Jesús Martín Barbero: el desarrollo social articula “la oralidad que perdura como experiencia cultural primaria de las mayorías”, la lectoescritura y “la oralidad secundaria que tejen y organizan las garantías de la visualidad electrónica”⁶.

Cierre

Lo global, lo regional, lo nacional y lo local se presentan así de manera superpuesta, entrecruzada y simultánea. En este nudo de múltiples dimensiones, los Estados buscan recomponer la instancia nacional, “tironeados” por arriba y por abajo.

En lo global (lo he mencionado anteriormente), las fuerzas transnacionales traccionan una serie de recursos cuyo volumen y poder escapa a los Estados.

En lo local, en cambio, el principio de ciudadanía política, la afirmación de una identidad cultural y las demandas encuentran allí un espacio diferente para su asimilación.

En este contexto, complejo y cambiante, pero que también nos ofrece oportunidades que debemos saber aprovechar, Iberoamérica cuenta con la fortaleza de presentar un “espacio cultural común”. Un lugar de prácticas diversas, de condensación de valores

⁶ J. Martín-Barbero, “Medios y culturas en el espacio latinoamericano”, Iberoamérica. América Latina-España-Portugal, num. 6, junio, pp. 89-106, Madrid.

construidos históricamente, de despliegue de múltiples facetas y, de desarrollo de diversas identidades.

Un “espacio cultural común” que es la contraparte de ese complejo fenómeno por el que Iberoamérica ha dado lugar a sociedades intensamente híbridas. Sociedades de temporalidades mixtas y yuxtapuestas en las que confluyen una mezcla incesante de mundos “modernos”, “premodernos” y “posmodernos”.

Avanzar en su institucionalidad y en su consolidación, en la conformación de redes y estructuras que densifiquen el entramado de este “espacio cultural común”, significa hacer de esa fortaleza, primero un desafío y luego un factor estratégico para la región.

La cultura, la lengua, la literatura, la historia, la gramática que nos unen son un vehículo para la expresión y el intercambio de nuestras identidades. En ellas viajan, se acumulan, se sintetizan nuestras ideas y nuestra historia, nuestras maneras de ver y sentir el mundo, de interpretarnos a nosotros mismos y representarnos a los demás.

En ellas se pone en juego la necesidad de promover la diversidad y la equidad de cara a la construcción de una sociedad del conocimiento en la que quepamos todos.